

perial. ¿Tuvo celos Fernando de su popularidad? ¿Le echó en cara su liberalidad y despilfarro? ¿Existieron las «célebres cuentas del Gran Capitán»? Para asegurarlo habría que saber si el Rey Católico era hombre capaz de resistir bromas de ese calibre. Si creemos que hubo este recelo podemos pensarlo por dos motivos: primero, porque en verdad hubiera dado Gonzalo motivos para ello, o, segundo, porque nacieran de la mente suspicaz del soberano, que con ello no se diferenciaría de tanto otros jefes de naciones que han sido de este modo.

La segunda razón es banal y no nos interesa, aunque fuera verdad, para sacar conclusiones sobre la personalidad del Gran Capitán, ya que habría nacido de una persona fuera de él mismo. Pero la primera, sí, pues si don Gonzalo había dado motivos es que era un hombre con tendencias caudillistas, que era peligroso dejar convertirse en eje de una simpatía popular. Aunque existiera esta simpatía, nacida del brillo de sus éxitos, yo creo firmemente que la reciedumbre de la personalidad imperial de Gonzalo de Córdoba radica esencialmente en el hecho de que teniendo toda la grandeza que posee, es tan sólo un engranaje en la magna maquinaria del

Imperio. Es decir, que es un capitán de guerra y no un caudillo. Los caudillos separatistas son fenómenos antiimperiales, al tiempo que los grandes capitanes de guerra, al servicio de sus monarcas —como Hernán Cortés, como el Duque de Alba («que iba encadenado a la conquista de un reino»)—, guardando la fidelidad jurada y amando las glorias de una patria que se amplía a cada golpe de su espada, son las bases férreas de la constitución de los imperios. Como lo fué el general Pan-Chao, en la lejana China anterior a Jesucristo, al constituir las marcas fronterizas que afirmaron el Imperio del Naciente Sol.

Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán», era uno de éstos. Era algo más: era el primero de los grandes capitanes que, de haber vivido en otro siglo, hubieran llenado con su magnitud el marco todo de los acontecimientos históricos. En su modestia y subordinación —aunada a sus magníficos resultados como soldado— reside el secreto de su grandeza. Aunque se haya dicho que muriera de pena por no conseguir los premios que le prometiera el Rey. ¡Como si a los héroes les fuera preciso algo más que el recuerdo de su gloria!

